

namentos preciosos y todo esto imponía gastos mucho mayores de los que ahora se usan. El noviciado de la Tacunga alimentaba 26 sujetos y sólo alcanzaba una renta de 5.400 pesos. Claro está que se hubieran muerto de hambre si no fueran socorridos por los otros colegios de la provincia. Dice la estadística que esta casa suele contraer deudas. En cambio el colegio de Panamá con sólo cuatro sujetos alcanza una renta de 4.700 pesos. *Habet sufficiens*, dice la estadística, y no hacía falta decirlo, viendo que a cada uno tocaba 1.200 pesos. El pobre colegio de Cuenca necesitaba sustentar a seis y sólo poseía 2.134 pesos. Naturalmente, padecía mucha estrechez. Lo mismo sucedía con los de Guayaquil, Ríobamba y Loja. Sin embargo nos llama la atención que en este último colegio, después de decirnos que tiene cinco sujetos y 1.226 pesos de renta, se añade que ha tenido lo suficiente para el sustento y culto divino. ¿Habrà algún error en el cómputo de la renta, o deberá atribuirse la provisión del colegio a las buenas limosnas que solían dar los particulares?

Ultimamente advertimos que también poseía notable renta el *Officium provinciae*, esto es, el P. Provincial, con los sujetos que le servían, pues aunque vivía habitualmente en el colegio de Quito, tenía, por decirlo así, personalidad económica distinta. En ese año 1739 el Oficio de la provincia poseía una renta de 13.244 pesos. Otro catálogo hemos visto del año 1752, en el cual los números de los sujetos como de las rentas han subido un poco, pero sin variación muy considerable de lo que era trece años antes. El incremento mayor es del colegio de Quito, donde moran 78 sujetos, con una renta de 41.158 pesos. Por estos datos conocemos que los jesuitas de Quito estaban regularmente proveídos, aunque muy lejos de la fabulosa opulencia que el vulgo les atribuía.

CAPITULO VII

LAS MISIONES DEL MARAÑÓN DE 1705 A 1758

SUMARIO: 1. Decadencia de estas misiones a principios del siglo XVIII y carta del P. Tamburini.—2. Trabajos habituales de los misioneros. Muerte del P. Durango.—3. Invasiones de los portugueses y muerte del P. Fritz en 1725.—4. Mejoría de las misiones en el decenio 1725 a 1735, a pesar de las invasiones de los portugueses.—5. Visita del P. Andrés de Zárate en 1737.—6. Progreso de estas misiones en los veinte años siguientes.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cartas de los PP. Generales.—2. *Litterae annuae missionis Mainarum*.—3. Varios catálogos de las misiones.—4. *Memorial del Dr. Riosfrio en 1745*.—5. Reales cédulas y otros documentos del Archivo de Indias.—6. *Diario del P. Samuel Fritz*, publicado por Jiménez de la Espada en *Noticias auténticas del famoso río Marañón*.

1. Como ya lo dijimos en el tomo anterior, el año 1704 fué nombrado superior de todas las misiones del Marañón el P. Samuel Fritz. Este insigne operario había extendido sus conquistas evangélicas muchas leguas al Oriente, siguiendo el curso del Amazonas. Los pueblos de los Omaguas, que había formado a orillas del gran río, podían considerarse, no como una prolongación de las misiones de Mainas, sino más bien como una colonia lejana de la misma misión, pues distaba algunos días de camino de los últimos pueblos orientales fundados hasta entonces por nuestros misioneros. Gloriosa, ciertamente, había sido aquella expansión apostólica de las misiones españolas; pero su misma extensión y la proximidad de los portugueses constituía una grave dificultad para conservarse y un peligro inminente de perderse. Cómo socorrer a pueblos tan apartados de las poblaciones españolas? ¿Cómo defenderlos de los portugueses, que tenían acceso mucho más fácil navegando por el gran río?

A esta dificultad, que podía llamarse inherente a la misma misión, se añadió a principios del siglo XVIII la penuria de operarios evangélicos, con lo cual, lejos de pensar en nuevas adquisiciones, a duras penas se podía sostener lo ya adquirido. Recuérd-

dese la situación de la naciente provincia de Quito. Había empezado el año 1696, y, como era de suponer, durante algunos años todo el afán de los superiores había sido establecer varios colegios que en algunas ciudades se nos pedían. Con esto se procuraba dar más amplitud y más fuerza a la provincia incipiente, y preocupados los ánimos con las fundaciones de Guayaquil, Ibarra, Riobamba, Loja, etc., se olvidaron un poco de las remotas misiones de indios, donde sólo quedaban unos pocos operarios. La expedición frustrada contra los gíbaros a fines del siglo XVII debió apagar un poco los bríos de nuevas conquistas, y hubo unos cuantos años de calma, en los que no sabemos se diese un paso adelante. Observando el P. Fritz que todo el personal de la misión estaba reducido a ocho hombres, encaminóse a Quito a fines de 1706, y representó con energía al P. Provincial, Luis de Andrade, y a los otros jesuitas de la ciudad, la extremada penuria a que se había reducido aquella gloriosísima empresa apostólica. La vista del gran misionero despertó el fervor apostólico entre nuestros religiosos. Muchos se ofrecieron a acompañarle, y el Provincial señaló para esta campaña espiritual a los PP. Pedro Serveda, Juan de Zaldarriaga, José Jiménez, Andrés Cobos, Guillermo Detré, Pedro Bollarte, Gregorio Bobadilla, Matías Laso, Pedro de Campos y Domingo Pérez (1). Alegre con este refuerzo, volvió el P. Fritz al Marañón a mediados de 1707. El P. Andrade informó al P. Tamburini del estado de aquella misión y del refuerzo que había enviado.

Cuando nuestro P. General recibió estas noticias quedó extrañamente afligido y respondió con una carta muy sentida al Padre Andrade. Merecen copiarse sus palabras. Dice así el P. Tamburini: «Ultimamente me avisa V. R. de los misioneros que envió a las misiones del Marañón, donde sólo había ocho. No negaré a V. R. que no puedo leer esta cláusula sin escándalo, que en una provincia de Indias, donde hay 200 sujetos, solos ocho estuviesen dedicados a este ministerio, el principal para que esas provincias se fundaron, y en orden a cuya conservación se admitieron los colegios. Al P. Andrade le daré muchas gracias por haber empezado a quitar tal oprobio de esa provincia con los 10 que de nuevo envió a ellas, y las daré con toda estimación al Provincial

(1) Jiménez de la Espada, *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, p. 487.

que siguiere tan buen ejemplo. ¿Una provincia de Indias que recibe sujetos de los naturales de ellas, a quien se han enviado misiones bastante numerosas, a cuyos misioneros acude con sus limosnas la piedad del Rey Católico, cómo lo hizo con 4.000 pesos el año de 1707, reducida a ocho misioneros? No encontraré voces que juntándose con la decencia puedan explicar mi gravísima disonancia. Y el resto, hasta 200 sujetos, ¿qué hace? ¿Estar en las conveniencias de los colegios, y por eso pedir que se dejen las misiones de Colorados? Esta negligencia no es tolerable en una de esas provincias, y así encargo a V. R., por el deseo que debe tener de la dilatación de nuestra santa fe y conversión de las almas y por el amor que debe al buen nombre de la Compañía y de esa provincia, que provea de cuantos más ministros pueda a las misiones del Marañón, Mainas y Colorados» (1).

A pesar del refuerzo mandado por el P. Andrade en 1707, no debió aumentarse sensiblemente el personal de la misión en los seis años inmediatos. Con haber muerto, como luego veremos, el P. Durango en 1707, con haber enfermado uno u otro en los años siguientes, y con la necesidad de sacar a otro, a quien fué preciso expulsar de la Compañía, nos hallamos en 1712 con la triste noticia de que sólo hay en la misión nueve Padres. En este año encontramos un documento curioso que nos informa sobre el estado de aquellas empresas apostólicas. Tales son las cartas anuas y dos catálogos que envió el P. Samuel Fritz al P. Provincial. Allí aparece primero el número de todos los operarios con este orden: A la cabeza, el P. Samuel Fritz, Superior de la misión. Siguen luego los ocho Padres, con algunas advertencias sobre las virtudes y defectos de cada uno. El primero, Francisco Vidra, tiene mucho celo de las almas, pero poca salud, y necesita estar en cama algunos días. Se da poca maña para ganar el afecto de los indios; el P. Gregorio Bobadilla, hombre celoso, aunque algo duro de juicio; el P. Guillermo Detré, dotado de celo apostólico, hombre dócil y obediente, pero que siente mucha dificultad en aprender las lenguas indígenas; el P. Juan Zaldarriaga, hombre muy celoso, pero no muy prudente, y algo impetuoso e inconsiderado en el hablar; el P. José Jiménez, operario celoso y caritativo, que sabe manejar bien a los indios, pero tiene poca salud; el P. Pedro Campos trabaja con mucho celo en la conver-

(1) *Cartas de los PP. Generales. Tamburini a Andrade*, 1 Diciembre 1709.

sión de las almas, pero de vez en cuando suele desanimarse observando la rudeza y barbarie de estos indios; el P. Pedro Serevela, algo aferrado a su propio juicio y poco a propósito para estas misiones, porque no se aplica a estudiar lenguas indígenas; el P. Wenceslao Brayer, hombre laborioso y muy animado del celo de las almas, aunque algo propenso a la ira» (1). He aquí todo el personal a que estaba reducida la misión de Mainas y Marañón en el año 1712.

2. ¿Cuál era el género de vida que hacían estos hombres en aquellos años? El mismo P. Fritz nos lo declara en las cartas anuas que luego escribe a continuación del catálogo anterior. Mas para entender bien la extensión de las penalidades de los misioneros en aquel rincón del mundo, bueno será precisar primero la topografía de aquellos países y la dificultad de comunicaciones que en ellos se experimentaba. Si medimos la distancia por leguas, no nos llama mucho la atención, atendidas las vastas soledades y dilatadísimos territorios de América. En cambio cuando se cuentan estas distancias por el tiempo que se tardaba en recorrerlas, se queda uno sorprendido y puede fácilmente engañarse, imaginando territorios cuatro o cinco veces mayores. La escabrosidad de los terrenos, la vegetación exuberante que obstruye todos los pasos en aquellos bosques, las ciénagas intransitables donde se hunden los hombres y las cabalgaduras, los ríos impetuosos, no fáciles de vadear; todos estos estorbos hacen que cueste en aquella tierra el andar una legua tanto como aquí el recorrer ocho o diez.

Presentaremos al lector la descripción topográfica que a grandes rasgos trazó el P. Pablo Maroni en carta dirigida al Presidente de la Audiencia de Quito el 15 de Junio de 1733. «Desde Quito hasta el desemboque del Napo en el Marañón hay más de 200 leguas, y de éstas, cerca de 60 de montañas muy cerradas, con páramo y ciénagas continuas y ríos muy peligrosos, en que para pasar es necesario armar puentes de palos y cañas. Los Padres que entran y salen con harta incomodidad, andan gran parte del camino en hombros de indios, necesitando un Padre solo de ocho o diez estriberos de remuda. Desde el puerto de Napo hasta encontrar con el Marañón, se tarda de ordinario un mes

(1) *Catalogus personarum missionis Mainarum*, 1712.

de bajada y tres de subida en canoas que es preciso traer de lo más retirado de la misión.

Desde la boca del Napo hasta la fortaleza del río Negro, donde reside de ordinario el cabo de la armada portuguesa y de donde subió el año pasado el sargento mayor Melchor Méndez de Moraes, se cuentan otras 300 leguas de navegación peligrosa, por las tempestades que se arman con frecuencia en el Marañón, y en todo aquel espacio se hallan sólo seis poblaciones, de las cuales la principal se llama San Pablo, distante del Napo 50 leguas. Desde dicho Napo, Marañón arriba, hasta Santiago de La Laguna, cabeza de nuestras misiones, hay veinticuatro o veintiseis días de navegación, y de allí otros doce días hasta la ciudad de Borja, situada a la angostura que llaman vulgarmente El Pongo. En todos estos caminos no hay que esperar otra comodidad ni avío que el que cada cual llevare consigo... Un Padre con un par de canoas de ida y vuelta tarda de ordinario siete u ocho meses y más. El gasto ordinario en avío y paga de indios es de 800 a 1.000 pesos» (1).

Tales eran las condiciones del país en que debían ejercitar su celo los jesuitas de Quito. Según nos informa el P. Fritz, la primera incomodidad que allí se padecía, era el calor intenso, que en ciertas partes, sobre todo en los remansos de los ríos, se hacía intolerable. Si se deja expuesto al sol algún instrumento de hierro, no se le puede tomar en la mano al poco rato, porque la abrasa. Juntándose a este calor la humedad de aquellas tierras llanas, da por resultado un enjambre infinito de todo género de mosquitos e insectos que son una continua mortificación para los caminantes. En los ríos aparecen a menudo enormes caimanes, que a veces bajan con la corriente en grupos, como troncos flotantes sobre las aguas. Apenas se puede caminar si no es siguiendo el curso de los ríos, porque la gran vegetación del país cierra el paso al viajero que no puede avanzar por los bosques, si no es abriéndose camino con el hacha. En medio de tan intrincada espesura corren libremente innumerables reptiles y algunos de enorme magnitud. También son temibles los tigres y otras alimañas que se crían en aquellas soledades.

Más que las dificultades de los ríos y bosques, sienten los misioneros la barbarie y rudeza de los indios. Parece que la natu-

(1) Archivo de Indias, 77-3-18.

raleza racional ha descendido allí hasta el último extremo. Hombres y mujeres andan desnudos y suelen pintarse el cuerpo con ciertos colores abigarrados, que los hacen más disformes de lo que son. Régimen político apenas se conoce entre aquellas tribus salvajes. Cada una obedece a un cacique, pero fuera de esto apenas aparece ningún rastro de vida social. Está bastante en uso en varias tribus la poligamia y también la costumbre de comer carne humana. El P. Fritz refiere algunos lances de este género que no es necesario repetir. Poseen algunas ideas sobre la divinidad, pero mezcladas, como suele suceder, con ridículos y abominables errores. A estas gentes tan destituidas de lo que ennoblece y levanta nuestra naturaleza, debían predicar el Evangelio y enseñar la vida civil nuestros misioneros del Marañón.

Ante todo era algo peregrino el procedimiento que usaban los jesuitas para empezar la conversión de alguna nueva tribu. Es, dice el P. Fritz, el único posible entre estas gentes tan rudas y salvajes. Se prepara una tropa de indios cristianos, a los cuales se juntan, si los hay, algunos soldados españoles, los cuales por una parte defienden a los cristianos y por otra les impiden cometer atrocidades. Porque conviene recordar que en aquellos neófitos bajo la corteza del cristiano reaparecía fácilmente el salvaje y con poca ocasión cometían también atropellos y violencias. Como perros cazadores, estos cristianos adivinaban por los rastros dónde había gente y cuando tropezaban con alguna cabaña o mansión de salvajes, la rodeaban toda y cogiendo en medio a los sorprendidos, les llevaban a la presencia del Padre. Si alguno sabía la lengua de ellos, no había dificultad. Por medio del intérprete les indicaba el misionero sus buenas intenciones, les daba algunos regalitos y les invitaba a vivir en los pueblos ya fundados. Si esto se les hacía difícil, como sucedía muchas veces, por lo menos procuraba el Padre que se le hiciesen amigos y le prometiesen recibirle cuando les fuera a visitar otra vez. Los dones que solían estimar los indios más, eran las hachas y otros instrumentos cortantes de hierro, pues apenas conocían el uso de este metal y se servían de instrumentos de piedra para el corte de las ramas y otros objetos. Con este sistema de piadosas sorpresas y de doncellas, se ha logrado convertir en los últimos cinco años a varias tribus cuyos nombres pone en latín el Padre Fritz. Ignoramos cómo se les llamaría en lengua vulgar. Otro inconveniente encuentran los misioneros para congregar a los

indios donde sería conveniente y más cómodo para su instrucción, y es, que al trasladarlos de un puesto a otro, fácilmente contraen alguna enfermedad, con lo cual suelen tomar la fuga los restantes (1).

A pesar de tantas dificultades y luchando contra unas costumbres tan bárbaras e inveteradas, consiguen con la gracia de Dios nuestros misioneros algún fruto espiritual que no se debe despreciar. Existen en 1712, 14 pueblos de cristianos gobernados por ocho misioneros. Se ha conseguido instruir a estos neófitos en los principales artículos de la fe, se les ha hecho concebir saludable horror al pecado, y tienen cuidado de confesarse, sobre todo si se ven en peligro de muerte. He aquí los ejercicios acostumbrados de piedad y religión que se hacían en los pueblos. Todos los días al amanecer y por la tarde luego de anochecido, los niños y niñas al son de la campana se juntan en la iglesia y precediendo uno o dos, rezan las oraciones y dicen los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Los domingos, miércoles y viernes se explica la doctrina cristiana acudiendo también los hombres y las mujeres. Por la noche se reúne el pueblo delante de una cruz que suele haber junto a la vivienda del misionero y allí rezan algunas oraciones, se hace el acto de contrición y termina el acto con algún canto piadoso. En los domingos y otras fiestas solemnes cantan una misa sencilla que se les ha enseñado y acompañan tal vez el canto con algunos instrumentos músicos muy elementales, que el P. Fritz llama *cithara et fides*. Algunos indios han aprendido a leer y escribir, entienden algo de carpintería y herrería que se les enseña en tres oficinas que se han establecido en tres principales reducciones. También han aprendido a sangrar a los enfermos. Por último, alaba el P. Fritz la mucha piedad y devoción con que los indios celebran las fiestas de Semana Santa, las procesiones del Corpus Christi y la solemnidad del Santo Patrono del pueblo.

En medio de tantas penalidades, afanábanse nuestros misioneros por conservar los pueblos ya establecidos y por extender la fe entre aquellos bosques impenetrables. El año 1707 logró uno de ellos la palma del martirio. Era el P. Nicolás Durango, nacido en Nápoles y que se llamaba en su tierra Lanzamani. No

(1) Todas las noticias que preceden sobre las molestias de los misioneros las tomamos de las anuas que escribió en latín el P. Fritz el año 1712.

hemos podido averiguar con qué ocasión adoptó el nombre español de Durango. En 1696 había sido enviado al pueblo de San Javier de los Gayes. Once años había trabajado incesantemente en reducir primero a los gayes y a sus vecinos los semigayes; después se había extendido buscando indios en el territorio que separa a los ríos Pastaza y Curaray, y por último, acercándose al río Pastaza, había logrado reunir varias tribus, sobre todo la de los andoas, con los cuales formó el pueblo de Santo Tomás, uno de los más florecientes en el siglo XVIII. Residía habitualmente en San Javier de los Gayes y lidiaba por civilizar aquellos hombres, siempre rebeldes a todo yugo y sujeción.

Esta condición aviesa de aquellos indios ingratos fué causa de la muerte del misionero. Oigamos cómo la cuenta el P. Wenceslao Brayer, que le sucedió cuatro meses después en el cuidado de aquel pueblo: «Originado se ha su muerte, dice el P. Brayer, de la altivez de los indios, que extrañaban mucho la sujeción en que los tenía el Padre en orden a la doctrina cristiana, costumbres y gobierno político del pueblo, en que pedía de ellos mucha puntualidad y aseo, como se dirá en adelante. Con ocasión de un cerco que mandaba hacer el Padre cerca de su casa, un indio que estaba de concierto con otros muchos para matarle puso adrede un palo al revés de lo que se le mandaba. Reprendióle el Padre con alguna viveza, y el indio, levantando la macana que tenía prevenida, le dió con ella en el brazo derecho y se lo quebró; luego los otros, acometiéndole, le dieron muchos golpes en las espaldas, teniéndole el uno agarrado de los cabellos. Mientras esto [hacían], llegándose otro con un hacha en la mano y riñendo de burlas a los demás que así maltratasen al Padre, descargóle un golpe en las sienes que bastó para derribarle al suelo. Dejándole así por muerto, con grande algazara fueron todos a sus casas a coger las lanzas y rodellas, y vueltos a donde el Padre, hallaron que vuelto en sí, de rodillas, con el Santo Cristo que llevaba siempre al pecho en las manos, estaba haciendo actos fervorosos. Entonces acabaron de matarle a lanzadas...

Los asesinos quemaron luego la casa del Padre, rajaron en el puerto las canoas y pusieron centinelas en varias partes para que los andoas no fuesen a Borja a avisar y para matar cuantos asomasen por allí mientras disponían su retirada... De esta manera deshízose por fin la reducción poco antes tan celebrada de San Javier, y en este estado la he hallado cuatro meses ha que

subi por acá con alguna escolta a fin de favorecer a los andoas» (1). Ocurrió la muerte del P. Durango el 14 de Abril de 1707.

3. Este martirio, lejos de desalentar a los otros misioneros, sirvió de nuevo estímulo para encender su celo apostólico. La más grave tribulación, la continua pesadilla de aquellos misioneros, eran las invasiones de los portugueses, que, partiendo de la ciudad del Pará, subían navegando por el Marañón e invadían los pueblos fundados por la provincia de Quito. Los portugueses del Pará eran para las misiones del Marañón lo que en el siglo anterior habían sido los paulistas para las reducciones del Paraguay. Ya referimos en el tomo sexto (pág. 630) el encuentro del carmelita Fr. Manuel de la Esperanza con el P. Samuel Fritz, en 1697. En los años siguientes no dejaron de asomar algunos portugueses en los pueblos de nuestras misiones. Fué muy sonada una expedición que dispusieron en 1705. La mandaba José de Fonseca, quien llevaba en su compañía un religioso carmelita. Según nos dice el P. Francisco Ruiz, en memorial dirigido a la Audiencia de Quito, entraron los portugueses en los pueblos de nuestras misiones con aparato de armas, robaron cuanto pudieron y se llevaron cautivas cien familias, no obstante las protestas y reconvenciones de los misioneros jesuitas. Al retirarse prometieron volver con mayores fuerzas y fortificarse en sitios oportunos. Pide el P. Ruiz a la Audiencia de Quito que se tomen las providencias necesarias para prevenir tan terribles invasiones (2).

A fines de 1707, nueva y peor visita de los portugueses. Según escribía el 26 de Diciembre el P. Sanna al P. Fritz, habíase presentado el 10 de aquel mismo mes, una armadilla de portugueses en Santa María de Yurimaguas. Venía por capitán José Pinheiro Marqués, quien traía a sus órdenes a 11 soldados portugueses y 100 indios bien armados. Más que el capitán mandaba en aquella expedición Fr. Antonio de Andrade, carmelita, que no era sacerdote, sino solamente corista. El capitán dijo al Padre Sanna que estaba en tierras de Portugal, porque todo el Marañón pertenecía a su Rey. Fr. Antonio dijo que venía a buscar

(1) Esta carta del P. Brayer fué publicada por Jiménez de la Espada en *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, p. 357.

(2) Archivo de Indias, 77-3-18.